

Morgade, G. (Coordinadora). *Toda educación es sexual*. Buenos Aires, La Crujía, 2011.

Vanina Vissani⁷

Toda educación es sexual se trata de una investigación que indaga en los discursos hegemónicos presentes en la escuela media en torno a las masculinidades y femineidades, a partir de las voces de los docentes, las autoridades y los jóvenes. Graciela Morgade coordina este libro compuesto por siete capítulos que contextualizan y problematizan la Ley de Educación Sexual Integral –LESI- n°26150, con el fin de dar cuenta que la sexualidad en tanto una dimensión constitutiva de las subjetividades está siempre presente, por lo que la educación debe garantizar que todos los intereses, incluyendo placeres y deseos, sean abordados en el ámbito escolar.

En el primer capítulo, titulado “Pedagogías, teorías de género y tradiciones en educación sexual”, la coordinadora junto a Jesica Baez, Susana Zattara y Gabi Diaz Villa, realizan un recorrido por los diferentes modos de abordar la educación sexual y los contenidos que habilitan/deshabilitan de acuerdo a su perspectiva. Las tres tradiciones que mencionan las toman de Jeffrey Weeks: la absolutista, donde predomina la posición moral y el sexo es visto como peligroso y antisocial; la libertaria, en la cual el sexo se concibe como benigno y liberador; y la liberal, que se distancia del autoritarismo moral y del exceso. La conclusión es que tenemos fuerte herencia absolutista, que lleva al predominio de un modelo biologicista basado en contenidos sobre la prevención de enfermedades y la reproducción, esta perspectiva de lo biológico como “natural” y subyacente de los significados sociales lleva a tildar de anormal a los cuerpos no hegemónicos, como los intersexuales. Según las autoras, se trata de un modelo que, en términos de Foucault, despolitiza la sexualidad. Otras formas de educación sexual son la moralización, que se basa en un deber ser y descarta como contenidos válidos todo lo relacionado con los sentimientos y las experiencias personales. Por último, encuentran modelos emergentes como el de la sexología (educación sobre buenas prácticas sexuales) y el jurídico (relacionada con los derechos humanos, que si bien rompe el silencio en la escuela peligró de dejar afuera la afectividad).

En el mismo apartado las autoras exponen que es apropiado hablar de sistema sexo-género y no por separado, porque “la materialidad de un cuerpo es prácticamente inescindible de la red de significaciones en la cual se

⁷ Estudiante de Licenciatura en Comunicación Social en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Becaria CIN, estímulo a las vocaciones científicas. vanivissani@gmail.com

desarrolla”, es decir que lo natural no es el sexo y lo cultural el género, sino que todo el sistema es leído en clave de sentidos sociales.

En el segundo capítulo Morgade junto a Gabriela Ramos, Cecilia Román y Susana Zattara muestran las “Visiones de directivo/as y docentes”. Abordan testimonios que manifiestan al tema de la sexualidad como un problema, ya que lo relacionan directamente con la prevención, al mismo tiempo en que consideran que es un discurso apto para “expertos” de la medicina. Algunas consecuencias de esto es que se habla desde la heterosexualidad obligatoria y especialmente hacia las mujeres-futuras madres.

El tercer capítulo lo escribe Gabi Díaz Villa y lo titula “En la escuela no tenemos confianza”. A partir de lo extraído en entrevistas se analizan cuáles son los contenidos que los jóvenes relacionan directamente con la sexualidad y cuáles son sus intereses en torno al tema. La autora da cuenta de que, si bien lo hegemónico sigue siendo el discurso de la prevención, al profundizar las entrevistas se visualizan inquietudes y expectativas capaces de resignificar lo que se relaciona con sexualidad por sentido común. Particularmente se vislumbra el interés por el tema de la homosexualidad y el aborto, ante lo que se cuestiona el silenciamiento.

En el siguiente capítulo llamado “Los gustos se aprenden...lo relativo, lo particular y la justicia”, Jesica Baez plantea que la escuela como dispositivo histórico marca una cartografía sobre los placeres al producir discursos sobre el cuerpo. A partir de lo que se dice sobre el gusto (“algo personal”, “individual”, “incuestionable”) se abre la reflexión acerca de lo peligroso que es que se vuelva incuestionable, ya que se naturalizan “gustos” posibles poniendo en igualdad, por ejemplo, la homosexualidad con la violencia o la pedofilia. De este modo se postula al gusto como histórico y habilitado o no por la sociedad.

En el siguiente apartado (“El amor romántico...o del sexo, amor, doler y sus combinaciones temporales”) escrito por Morgade y Díaz Villa se reflexiona acerca del amor y las prácticas discursivas que lo expresan, las cuales están delimitadas por la cultura. Las autoras vinculan al discurso amoroso con los estándares de género, donde el varón reprime y la mujer exagera, porque es lo esperable. Uno de los ejemplos es que las chicas justifican y habilitan su actividad sexual con el amor porque es el discurso disponible en la cultura.

En el capítulo 6 (“¿Pasividad erótica femenina?”) Susana Zattara dice que en la escuela hay un imaginario de que las chicas deben neutralizar la provocación porque sus cuerpos son atractivos, mientras que los chicos están en posición de “caza. Este hecho naturaliza una forma de actuar sexualmente para cada género que conlleva a una diferencia de poder. Esta jerarquía causa injusticia erótica y opresión sexual para la mujer. Sin embargo, el trabajo de campo le permite a la autora visualizar que ciertos mitos se están

derrumbando, y que discursos como “las chicas están entregadas” demuestran que hay un deseo sexual que rompe con la pasividad socialmente otorgada a las mujeres.

El último capítulo lo desarrolla Cecilia Román y se llama “Las familias y la escuela media: entre el supuesto y el silencio”. Preguntar a los/as jóvenes sobre sus imaginarios de familia permite ver que si bien tienen presente el discurso de la diversidad, al hablar de sus perspectivas sobre las familias defienden la patriarcal y heterosexual, además de ligarla necesariamente a los/as hijos/as.

Por último, las autoras marcan algunas pistas de cómo se debería avanzar en materia de educación sexual, teniendo en cuenta los aportes de los estudios culturales de género, las teorías queers, la pedagogía crítica y la pedagogía feminista. La primera cuestión es que “toda educación sexual” porque en todo proceso educativo se negocian sentidos sobre el sexo y las relaciones de género. Por otro lado, no se pueden negar la presencia de los cuerpos y las emociones en la escuela. Entonces, se trata de reconocer al sujeto sexuado y en su dimensión deseante, pensante y actuante, a lo que proponen denominar “educación sexuada”. Finalmente, las autoras plantean cómo no “pedagogizar” (no hacer explicable, descomponer en fragmentos, nombrar académicamente) la sexualidad y cuáles son los contenidos que permitirán avanzar integrando al sujeto sexuado y con un sentido de justicia. Mencionan necesario: reconocer el carácter social y político de la sexuación, tener un enfoque crítico de género, recuperar la integridad de la sexualidad y habilitar la curiosidad.

La propuesta de Morgade y su equipo es un gran avance para pasar del modelo hegemónico de educación sexual hacia la integridad que la LESI proyectó para el ámbito escolar. Plantea una educación en la diversidad, sin discriminación ni desigualdad por el sexo-género y que incluya la afectividad. En suma, es un aporte a la justicia en el currículo escolar.